

## **LA CASA DE LAS MUSAS, LA NUESTRA, LA DE TODOS**

Andrés Trapiello

**Texto escrito para ICOM España en el Día Internacional del Museo 2006,  
“El Museo y los jóvenes”**

Son los museos, como es sabido, la casa de las Musas, pero es en lo que tienen de casa, tanto o más que en lo que puedan tener de recinto sagrado, donde descubrimos su carácter hospitalario y doméstico.

En los años de aprendizaje el museo se parece unas veces a la casa del padre; otras, en cambio, en el museo buscamos un íntimo espacio placentario y materno. Durante el tiempo de la juventud hay días que llegamos al museo, tras un peregrinaje pródigo, a saciar hambres y sedes elementales y atrasadas, y otros, por el contrario, no queríamos abandonarlo nunca, como criaturas demasiado indefensas que encuentran en tal útero todo lo necesario para sobrevivir. Sólo cuando la persona alcanza su madurez comprende que un museo no es ni la casa del padre ni un regazo materno; comprende que un museo es su propia casa, y quiere vivir en ella con libre naturalidad, cuando ha aceptado también que sólo la naturalidad es enteramente satisfactoria y hospitalaria. Y entra y sale, sí, del museo, <sup>3</sup>como Pedro por su casa<sup>2</sup>, cada día, sin darse cuenta apenas. ¿Adónde iría, si no?

Durante años, sobre todo en las cabalgadas irresponsables de la funámbula vanguardia del siglo pasado, hablaron algunos de pegarles fuego. Los agitadores levantaron entonces contra ellos los testimonios más feos y calumniosos, sin duda humillados ante el indestructible acerbo que atesoraban. Decía Nietzsche que nada despierta tanto el resentimiento en algunos como la superioridad, cegados para ver que las obras guardadas en los museos han alcanzado el estado perfecto tras años, y a menudo tras siglos, de sabias y silenciosas decantaciones: su eterna juventud, la vida, no lo que está fuera del tiempo, por ser el tiempo mismo. Por eso hablaban de muerte y <sup>3</sup>obras muertas<sup>2</sup>.

Y es todo lo contrario, ya que la vida es lo primero que en un museo nos llama la atención, un latido profundo, misterioso, único, que arranca de nosotros, por simpatía no menos misteriosa, la convicción de que el pasado y el presente, si están vivos, comparten una misma sustancia de realidad, haciéndonos mejores. ¿Quién, mientras permanece en un museo predilecto, no ha sentido gratitud y orgullo? Orgullo de compartir la vida con criaturas tan excepcionales y gratitud hacia esas obras que nos han elegido como sus interlocutores, estimándonos a menudo en más de lo que somos, en más de lo que valemos. Y únicamente porque están vivos no deberíamos hablar de cuadros o esculturas o libros o restos arqueológicos o tales o cuales manufacturas o vestigios naturales en ellos custodiados, sino de criaturas vivas, activas, semejantes a nosotros, con las que mantenemos un coloquio ininterrumpido y cordial, íntimo y provechoso, que incumbe a nuestro pasado, desde luego, pero sin el que nuestro presente se desbarataría. ¿Y el futuro?

No sé cual será el futuro de los museos. Hubo un tiempo en el que muchos museos parecían apolillarse, polvorientos y abandonados. Hoy quizá, donde tantas cosas se han masificado, asistimos un poco asustados a la posibilidad de su desaparición por sobredosis de espectáculo y consumo. Sabemos, claro, que a muchos los ha salvado de una muerte segura esta misma estridencia espectacular y consumista, pero, ¿cómo no añorar aquellos tiempos en los que podíamos oír en un museo el eco de nuestros pasos solitarios? ¿Y acaso no vamos a un museo siempre en busca de compañía, porque somos un poco solitarios? Algunos queremos creer, porque también los museos nos enseñan a ser pacientes, que nunca dejarán de ser lo que fueron y lo que son: esa casa de todos donde le esperan a quien de verdad las busca y las necesita, las cristalizaciones más puras del ser humano, elaboradas con dolor y alegría, ilusión y esperanza, concebidas la mayor parte de las veces en un silencio y destinadas a otro; lo que está llamado, sí, a no morir jamás, porque fue hecho de la misma e indestructible materia de nuestros sueños, que son siempre, no lo olvidemos, lo más vivo e indestructible nuestro.